MÉRIDA
AYUNTAMIENTO

El Alcalde

Saludo a autoridades civiles, militares y religiosas, cronistas, hijos predilectos y adoptivos.

Cuando la corporación municipal que presido decidió impulsar la tramitación del expediente, que hoy nos reúne en Pleno, para aprobar el nombramiento de nuestro ilustre vecino, Juan Ignacio Barrero Valverde, como Hijo Predilecto de Mérida, se estaban rescatando, de forma implícita, tradiciones que se remontan a los primeros siglos de historia de nuestra ciudad.

Nada más romano que el elogio a los magistrados y patronos que, en función de su cargo, dieron prestancia a una ciudad, bien porque en ella nacieron y llevaron su nombre allí donde ejercieron altas responsabilidades, bien porque no siendo naturales de esta, se volcaron en mejorar el bienestar de sus habitantes.

Nada más romano que dejar hoy una prueba de firme reconocimiento a quien, desde la política, ha alcanzado la categoría de ilustre. Porque Juan Ignacio Barrero, como senador que fue, es un *vir clarissimus* un *vir illustris (vir ilustris),* si hoy nos viéramos aquí vestidos con toga y clámide, en el caso de los hombres,o estola y palla (se lee pal-la), en el de las mujeres. Un *vir illustris* cuya trayectoria política – o mejor dicho, su *cursus/honorum*, para ser más fieles a nuestra tradición latina-, debería estar grabada en un lugar destacado del foro cívico.

Hace años, es cierto, la ciudad cumplió en parte con ese deber, bautizando una avenida con su nombre. Ahora se completa la tarea cuando Mérida formalmente va a declarar a este conciudadano como uno de sus predilectos.

Predilecto, palabra latina que viene a significar el más amado. En este caso el más amado por una madre personificada en su ciudad, en su provincia, tal y como las conceptuaban nuestros fundadores hace dos milenios.

Juan Ignacio Barrero Valverde, pertenece a una saga que, por línea materna, contaba ya con dos miembros en el elenco de hijos predilectos de la ciudad: Andrés Valverde Grimaldi y Andrés Valverde López, médicos ambos.

Nacido en la ciudad augustea, a orillas del Guadiana, en 1943, Juan Ignacio fue forjando, a la sombra de sus progenitores, Demetrio Barrero y Enriqueta Valverde, un profundo sentimiento de emeritensismo que, llegada la adolescencia, se convirtió en

militante. Esa militancia inicial no fue política, sino deportiva, pues formó parte de uno de los buques insignia del baloncesto regional de mediados del pasado siglo: el Club Deportivo Imperio. Posteriormente el deporte ha seguido formando parte sustancial de su vida, excelente tenista -pasión que comparte con su esposa Consuelo Gil-, el pádel y la caza.

El deporte, que es superación y trabajo en equipo, se convirtió en uno de los pilares del carácter del que habría de ser uno de los grandes políticos de Extremadura y, sin duda, el que más alto ha llegado en la carrera de los honores.

Como universitario, en las aulas de Salamanca y la UNED se asentó el otro pilar que sustenta el dintel de sus convicciones democráticas. No en vano, fue profesor de Derecho Constitucional en la UNED, es decir, que es un conocedor de los amplios y profundos valores de nuestra Carta Magna.

Además, sus padres le enseñaron a no arrugarse por ser extremeño, muy al contrario, ir con la cabeza bien alta -y en Juan Ignacio esta afirmación lo es en sentido figurado y literal, pues su talla supera, con mucho, la media de los que aquí estamos-, ha sido su tarjeta de visita fuera de nuestras fronteras.

Como hombre dedicado a la *res publica,* a los asuntos del pueblo, sigue el itinerario clásicoal que debe atenerse un buen romano con sana ambición. Comienza en la base que fundamenta la administración, el municipio. Juan Ignacio fue candidato a la alcaldía de este Ayuntamiento en la legislatura de 1983 a 1987. Quien fuera primer edil de este consistorio por esas fechas, Antonio Vélez, puede testimoniar que fue un contrincante moderado y cabal en el fondo y la forma en aquella campaña electoral.

La siguiente magistratura en su curso de honores es ya en el ámbito regional, donde ocupa un escaño como diputado y, después, como secretario Segundo de la Asamblea de Extremadura, en los tiempos que presidía esta institución el añorado Antonio Vázquez López.

Como antaño los magistrados provinciales lusitanos, si querían estos ampliar su influencia y prestigio, no había otra salida que estar y ser alguien en Roma. En la actualidad es Madrid, sede de las Cortes, el lugar donde la voluntad de los extremeños debe verse reflejada. Juan Ignacio, en 1989, ocupa un escaño en el Senado, donde se foguea con los primeros espadas del arco parlamentario nacional. Es, entre fines de los ochenta e inicios de los noventa del pasado siglo, cuando Juan Ignacio despliega todo lo aprendido en una operación meritoria: llevar a buen puerto, tras no pocos sinsabores, la reestructuración de su partido en Extremadura, convirtiéndose en firme candidato a la presidencia de la Junta Autonómica. Lo intentó en las elecciones de 1995, que ganó la candidatura de otro emeritense ilustre, Juan Carlos Rodríguez Ibarra.

Nuevamente Juan Ignacio, en 1996, retorna a Madrid para dar esplendor, con su presencia allí, tanto a su ciudad natal como a su región. A propuesta del entonces Presidente del Gobierno, José María Aznar, nuestro vecino presidió la Cámara Alta durante algunos años, institución donde se plasma de manera fiel la representación de las distintas comunidades, regiones y ciudades autónomas de España. Ocupó el cuarto lugar en el escalafón de las autoridades estatales; en consecuencia, fue uno de los personajes

destacados en la política nacional durante aquellas fechas. Juan Ignacio entraba en el selecto club de los políticos extremeños más ilustres, entre los que se encuentran los emeritenses José María Calatrava, Alberto Oliart Saussol, el religioso Diego Muñoz Torrero, nacido en Cabeza del Buey, o el frexnense Juan Bravo Murillo.

Su retorno a Extremadura en el año 2000 se vio coronado por una pírrica victoria en las elecciones autonómicas de ese año y culminó su trayectoria como diputado del Congreso. Dejó los trastos de la política, pero antes, y en reconocimiento a sus desvelos por la formación en la que milita desde 1983, fue nombrado Presidente de Honor del Partido Popular en Extremadura. Desde el año 2000, centró su trayectoria laboral tanto en empresas públicas como privadas, ocupando a la vez cargos como el de Defensor del Paciente de la Comunidad de Madrid o como miembro del extinto Consejo Consultivo de Extremadura.

Este vecino al que saludamos a diario, y que fue siempre fiel a su cita con las gentes que habitan en la calle Santa Eulalia, la Puerta de la Villa o la Plaza de España, es portador de la Gran Cruz de la Orden de Carlos III y ostenta la Medalla de Oro del Senado, además de haber sido condecorado por otras naciones: Brasil, Nicaragua, Austria, Finlandia, Chile, Venezuela, Italia y, por supuesto, Portugal. En el ámbito local, fue premiado por el Centro de Iniciativas Turísticas de Mérida en 2018.

Juan Ignacio, vive hoy jubiloso su retiro, rodeado por su mujer, sus hijos y su nieto, como ese viejo senador romano, Lucio Quincio Cincinato que, habiendo entregado sus mejores años a la patria, retornó al campo como si nada de lo hecho tuviera importancia.

Antonio Rodríguez Osuna
Alcalde de Mérida

Te invito a que subas a esta presidencia para que, en nombre de la ciudad de Mérida, te haga entrega, con la solemnidad y ceremonia que requiere este acto, del Pergamino Acreditativo de tu condición de HIJO PREDILECTO DE ESTA CIUDAD e, igualmente, te invite a que nos dirijas unas palabras.